

JESÚS CAÑADAS

ATHENEA

★ y los elementos ★



edebé

La venganza del Alquimista

ATHENEA

★ y los elementos ★

La venganza del Alquimista



JESÚS CAÑADAS

edebé

© Jesús Cañadas, 2020
Published by arrangement with UnderCover Literary Agents

© Ilustración: Marina Vidal

© Edición: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño: Book & Look

1.ª edición, octubre 2020

ISBN: 978-84-683-4917-6
Depósito legal: B. 8340-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



ATHENEA

★ **y los elementos** ★

5

La venganza del Alquimista

PRÓLOGO



1

Tierra, fuego, agua y aire. Los cuatro elementos rugían en el interior de las Esencias aquella noche de tundra, de magma, de tifón, de tornado. Un rugido atronador. Un rugido que respondía a una llamada que no era de este mundo.

La Esencia del Aire se agitaba en la cuenca del ojo de la talla de Nefertiti. Faltaban años para que el profesor Borchardt y su hija Sophie la descubriesen. Desde el sepulcro en Amarna soplabla el viento del desierto, el *khamsin*, un tentáculo de aire furioso que atravesaba medio mundo hacia el lugar desde donde lo estaban llamando.

La Esencia del Agua se agrietaba en el corazón de At'nor, el leviatán embarazado y moribundo. El hogar de los atlantes se estremecía. Un remolino hecho de océano brotaba de las entrañas de At'nor y recorría las aguas hacia el lugar desde donde lo estaban llamando.

La Esencia del Fuego refulgía en las fauces muertas de Quetzalcoatl. De sus huesos brotaba la madre de todas las llamaradas, la abuela de todos los alientos de dragón, la pri-





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

ma segunda de todos los incendios. La lengua de fuego salía del cenote sagrado en Chichen Itzá y volaba hacia el lugar desde donde la estaban llamando.

En lo más profundo del Bosque Hoia, en el corazón de Transilvania, un joven profesor Vardanian invocaba cuerpos y más cuerpos, dobles y más dobles de sí mismo, cuyas manos se cerraban sobre la Esencia de la Tierra. El profesor intentaba frenar la grieta en la tierra que se acababa de abrir a sus pies, pero no lo conseguía. La grieta avanzaba más allá del profesor, más allá del bosque y más allá de Transilvania. Recorría el continente entre los cascos de los caballos, los cimientos de los castillos, las ruedas de los carromatos, los pies de los hombres y las mujeres, los sueños de las ancianas y las niñas, directa hacia el lugar desde donde la estaban llamando.

Quien las llamaba era el Alquimista.

Pero había quien se oponía a él.

2

Su nombre era Eylem Firat. Había crecido arropada por el *tacto* del fuego. Había caído en innumerables ocasiones, la habían empujado, le habían puesto la zancadilla, la habían forzado a doblegarse. Y cada vez, Eylem Firat se había levantado. El fuego que corría por sus venas la obligaba a levantarse. Un fuego que ahora tenía un nombre, un poder mucho más fuerte que el de cualquier *avernal*. Eylem Firat estaba embarazada de seis meses. Y ahora mismo, luchaba





por su vida y la de su hijo: Mehmet Mohammed-el-Mehdi Firat.

Eylem se agazapaba sobre una elevación de piedra en la parte trasera de la cueva. Al otro extremo se desarrollaba la batalla más importante de la historia de los *avernales*. Un remolino de viento entraba en la cueva por la parte superior e impactaba en un costado de la máquina de los atenienses. Desde otra dirección, una llamarada furiosa lamía otro costado del aparato. Una corriente de agua caía sobre el artificio como la cascada más furiosa del mundo. Viento, fuego y agua se mezclaban en una espiral de poderes *avernales* que soplaba y abrasaba y fluía. La máquina de los atenienses, un ingenio construido con cuatro niveles, uno para cada elemento, absorbía aquella energía. Lo único que faltaba era que llegase la corriente de poder *avernal* procedente de la Esencia de la Tierra.

Eso era lo que los compañeros de Eylem intentaban evitar.

Ludwig Borchardt y su hija Sophie von Hammerstein se esforzaban por contener el avance de la grieta venida de Transilvania. Borchardt alargaba ambas manos y hacía fluir de ellas un *tacto* que no era suficiente para detener aquella grieta que avanzaba por el suelo de la cueva en dirección a la máquina. A su lado, su hija Sophie bloqueaba la lluvia de estalactitas, perdigones, arenas movedizas y ráfagas sísmicas que Cornelia von Hammerstein lanzaba contra Borchardt para desestabilizarlo.

—¿Por qué haces esto, Cornelia? —gritaba, casi suplicaba Sophie.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—¡A mí me llamas de usted, niñata! —replicaba Cornelia, de pie sobre un montículo de roca que ella misma había hecho crecer del suelo con sus poderes *avernales*.

Borchardt ponía todo su empeño, pero aquello era como cerrar una falla tectónica con tiritas de colores. La grieta avanzaba.

—¡R-rudi! —balbuceó Borchardt—. ¡V-voy a necesitar ayuda p-p-pronto!

—¡Estoy ocupado ahora mismo, Ludo!

Fue lo poco que pudo decir Rudolf von Hammerstein, el marido de Sophie, antes de llevarse un soberano puñetazo en toda la cara. El puñetazo se lo había dado Suleyman Firat, quien por cierto era el marido de Eylem Firat y el padre de la criatura que llevaba en el vientre. También era quien se había unido al Alquimista y quien había encontrado Atlantis para él. Con su cuerpo de forzudo y los más de cuarenta kilos de peso que le sacaba a Rudi, el puñetazo que le acababa de propinar no pudo ser más devastador. Rudi dio una vuelta de campana y cayó redondo. Unos reflejos salidos quién sabía de dónde le hicieron liberar el *tacto* e interponer un bloque de piedra arenosa frente al zapato que estaba a punto de pisarle la cabeza.

—¡Haz el favor, Suleyman! ¡Esto es de lo más inapropiado! ¡Entra en razón!

—Jamás ha estado más en razón —respondió una voz en el centro de la cueva.

Era el Alquimista.

Eylem Firat lo veía desde la parte trasera de la cueva. El Alquimista se encontraba de pie sobre el quinto y último





nivel de la máquina en espiral, la misma máquina que hacía miles de años usaron los atenienses para destruir el reino de Atlantis. Su enemigo estaba haciendo algo, algo con las manos, pero desde aquella distancia era difícil verlo con claridad.

Daba igual. El poder de los tres haces, fuego, aire y agua, hacía vibrar el aire. En cuanto la grieta que representaba el poder de la tierra llegase hasta la máquina, todo acabaría. No habría quien la contuviese.

Un momento, se dijo Eylem.

Nada que la contuviese.

La grieta avanzaba de manera agónica, pocos centímetros cada segundo, ansiosa por llegar a su destino y unirse a sus tres hermanas.

Eylem comprendió.

—¡Dejad que avance! —gritó—. ¡Ludo, Sophie! ¡Dejad que la grieta avance!

—¡Eylem, no podemos hacer eso!

—¡DEJAD QUE AVANCE!

Borchardt obedeció. Sus manos descendieron y dejó de pugnar para frenar el avance de la grieta. Esta se abalanzó sobre la máquina como un depredador que cae sobre su presa.

Y Eylem Firat actuó.

Saltó de la elevación en la que se encontraba. Aterrizó con una rodilla hincada en tierra. Alzó la cabeza. La grieta avanzaba. Cornelia enarcó una ceja. Eylem echó a correr. Cruzó la cueva a grandes zancadas. El peso del bebé en la barriga le clavaba esquirlas de dolor puro en el nervio ciático.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

Pero corrió. Sus talones levantaban llamaradas al elevarse del suelo. Apartó a Cornelia de un empujón. Se deslizó por el suelo cuando Suleyman, su esposo, intentó agarrarla en medio de aquel sueño febril que lo había poseído. Sophie von Hammerstein, su mejor amiga en el mundo, la esquivó con aquella gracilidad patosa que heredaría su hija.

Eylem llegó hasta la grieta. Corrió con ella a medida que avanzaba. Y saltó justo antes de que llegase a la máquina. Todos contemplaron aquel salto, boquiabiertos: Sophie, Rudi, Borchardt, Cornelia, Suleyman, el propio Alquimista... y un invitado cuya presencia nadie había notado. Un invitado que ni siquiera estaba allí.

Su nombre era Mehdi.

3

—No puedo creerlo —murmuró Mehdi.

De pronto se dio cuenta de dónde estaba. Se encontraba en medio de la gran batalla que su madre y la familia de Thea habían librado hacía años contra el Alquimista, contra Cornelia y contra su padre. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había llegado allí?

—Has venido conmigo, melón.

Se giró. Thea estaba a su lado. El corazón le hizo un triple tirabuzón en el pecho. De pronto, nada existía en la cueva que no fuesen Thea y él. La escena de la batalla, la máquina, el Alquimista, aquel salto que acababa de dar su madre, todo desapareció. Mehdi quiso abrazar a Thea, alargar la





mano al menos, tocarla. Pero se encontró incapaz de mover un músculo. Casi como si estuviese en un sueño.

—Es que esto es un sueño, melón.

Sí, sí, tenía razón. Aquello era un sueño. ¿Acaso Thea lo había llevado hasta allí con sus poderes *sonambulantes*?

—Pues claro que te he traído aquí con mis poderes *sonambulantes*, melón. ¿Cómo si no ibas a estar viendo lo que pasó?

Sí, eso era. Thea lo había llevado hasta aquel sueño para enseñarle la máquina. Pero ¿por qué? ¿Por qué era importante aquella máquina?

—Mira que eres melón —dijo Thea—. Te he traído aquí porque esta es la venganza del Alquimista.

Su voz le llegaba amortiguada, como si estuviese muy lejos. Thea había retrocedido, ya no era más que una silueta de pelo rizado entre las tinieblas de la cueva. Ojalá no se fuera. Ojalá pudiese estar a su lado.

—Sí, ojalá. —Ya casi no la oía, su silueta se desvanecía—. Pero ya no estoy, Mehdi.

No, Thea ya no estaba. Los ojos de Mehdi se humedecieron una vez más.

—Tendrás que encontrarla tú solo.

El chico alzó la vista. ¿Encontrar? ¿Qué era lo que tenía que encontrar?

La respuesta a esa pregunta le esperaba al otro lado del sueño.



